La Novela Corta

27

EL HOMBRE NEGRO

POR

Colombine

5 cts.

Año I Madrid, 8 de Julio de 1916 Núm. 27

La Novela Corta

REVISTA SEMANAL LITERARIA

Publica los SÁBADOS una novela rigurosamente INÉDITA

Fundador y Director: José de Urquía

COLABORADORES ÚNICOS

LOS INSIGNES NOVELISTAS Y DRAMATURGOS

Galdós.-Benavente.-Pardo Bazán -Octavio Picón.-Eugenio Sellés.-Guimerá. Valle Inclán.-Baroja.-Blasco Ibáñez.-Alvarez Quintero.-Martínez Sierra.-Azorín.-Dicenta.-Linares Rivas.-Manuel Bueno.-Marquina.-Gómez Carrillo.-Ricardo León.-Trigo.-Rusiñol.-Pompeyo Gener.-Unamuno.-Salvador Rueda. Federico Oliver.

LOS PERIODISTAS ILUSTRES

Bonafoux.-Zamacois.-Cristóbal de Castro.-Parmeno.-Zozaya.-Pérez Zúñiga. Colombine.-Francés.

POETAS Y PROSISTAS AMERICANOS

Santos Chocano.-Leopoldo Lugones.-Amado Nervo.-José Rodó.-Vargas Vila.

Y LOS JÓVENES MAESTROS

Prudencio Iglesias. - Eugenio Noel. - Pedro de Répide. - Villaespesa. - Alberto Insúa.-Carrere.-Hoyos Vinent.-Belda. García Sanchiz.-Pérez Ayala.-San José.

Esta Revista no acepta otros trabajos que los de sus **colaboradores ÚNICOS**

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

MADRID Y PROVINCIAS		EXTRANJERO	
Año	3 ptas.	Año	6 ptas.

No se acepta el pago en sellos

Administración: Calvo Asensio, 3, Madrid - Apartado 498-Tel. 5224

El 15 de Julio NADA MENOS QUE TODO UN HOMBRE, por

UNAMUNO

El 22 de Julio EL ALMA DE LA RAZA, por

VARGAS VILA

una de las más altas mentalidades de América latina, cuyo maravilloso trabajo irá acompañado de un prólogo de **Manuel Bueno** y un epílogo de **Pompeyo Gener.**

Esta Administración se ha trasladado a la calle Calvo Asensio, 3

Prohibida la reproducción del texto.

El Hombre Negro

NOVELA INEDITA

POR

CARMEN DE BURGOS (COLOMBINE)

LA GRAN BODA

En las ciudades de los blancos abundan los hombres negros.

Aquella mujer no podía soportar a aquel hombre. Recordaba el caso que le había contado pocas tardes antes en la antesala del doctor otra pobre mujer, que iba allí como ella en demanda de algo que tranquilizase sus nervios. Le había contado que su esposo, americano del Sur, sentía siempre tal frío, que en pleno verano dormía con la chimenea encendida y cinco o seis mantas en la cama. La pobre mujer estaba obligada a convivir con él en aquel horno; le contaba sus tormentos, el calor, que era su obsesión constante; le refería sus noches ahogándose bajo las

mantas, sacando una mano, un pie, ansiosa de respirar. Se consumía, se agotaba, se moría lentamente; era víctima de un verdadero asesinato. Elvira compadeció de todo corazón a aquella mujer, y por un momento, oyéndola, olvidó sus propios males; pero luego, a solas, en la soledad de su casa, le pareció que ella también estaba ahogada, asfixiada bajo un peso que no podía soportar. Aquello le había dado la clave de su propia vida.

Cuando se casó era una jovencita inocente, pueblerina, que no conocía la vida más que por las inefables novelas de Pérez Escrich. El primer señorito cortesano que se acercó a ella fué Bernardo, y Elvira lo acogió con ansiedad. La posición de sus padres no consentía que pudiese tener amores con ninguno de los mozos del pueblo; tenía esa idea de su jerarquía que tienen las princesas para someterse a la razón de Estado, y hubo de cerrar su corazón a toda impresión amorosa. Bernardo no era bello: alto, desgalichado, huesudo, con nariz acaballada y prominente, boca grande y mirar incierto y atemorizado, no despertaba la simpatía, pero tenía algo de exótico, algo que a ella le parecía superior al compararlo con los mozos del pueblo. Se vestía de un modo raro, con chalecos de todos colores; su ancho sombrero flexible y su capa algo torera le daban un aspecto de chulo, que rimaba mal con sus cabellos, que extrañamente cortados formaban un contraste que despertaba su curiosidad. Hablaba campanudamente, de un modo algo incomprensible, y tenía maneras afectadas y corteses, que a ella y a su madre le parecieron el colmo de la distinción.

La boda se concertó en cuanto Bernardo tuvo la certeza de que Elvira aportaba todas aquellas fincas de labrantío del Cañaveral y una buena partida de miles de duros como dote.

Ella no había visto más que el triunfo de casarse con un madrileño; porque aunque Bernardo era andaluz, siempre es madrileño el que vive en esta villa cuando visita un pueblo de Extremadura. Era una victoria sobre las amigas casarse tan joven en un pueblo donde hay tantas solteronas; una embriaguez tener un novio que deslumbraba a todas con sus chalecos y sus corbatas. Cuando Bernardo se alejó, llegó casi a amarlo en el recuerdo. Esperaba ansiosa la carta, y al leer todas aquellas rebuscadas frases de respetuoso cariño, que elogiaban la madre y las amigas íntimas diciéndole que iba a hacer «la gran boda», olvidaba casi por completo el tipo de su novio, y su silueta se perdía en las líneas informes de su ideal.

Le parecía que había estado dormida en toda aquella época de su boda. Trajes, ceremonias, fiestas, el viaje a Madrid...; no se había dado cuenta exacta de las cosas. Fué como una mal despertar, después de un buen sueño, el encontrarse frente a una realidad tan distinta de la que ella había esperado.

Era como si durante largo tiempo se hubiese callado a sí misma un secreto, tapándose los oídos para no oír lo que gritaba dentro de ella misma. Había tomado su vida como distraída, como pensando en otra cosa.

Aquella pobre mujer vista en la antesala de la clínica había sido su reveladora. Sí; aquella mujer que sufría el infierno bajo las mantas y los edredones, aquella mujer que se asfixiaba sometida a una temperatura que no era la suya, obligada a sufrir siempre el sudor de los catarros, aquella mujer había hecho espantoso, por demasiado duro, lo que a ella le pasaba. Se sentía ahora envuelta en costumbres extrañas, obligada a estar con un hombre de otro carácter, bajo el peso abrumador del tiempo, que se hacía recargado y atosigante en su trato con él.

LOS NEGOCIOS

Elvira había creído de buena fe que Bernardo vivía de su profesión de agente de negocios como rezaba la placa blanca con letras azules clavada sobre la puerta, y que apenas se leía en la obscuridad de la escalera. La calle de Preciados, en la que vivían, estaba en sitio céntrico, pero la casa era de esas casas viejas, tortuosas, retorcidas, cuyo aspecto la apenó con su obscuridad, acostumbrada a la amplitud y la luz de su casa provinciana, todo patio, de planta rectangular, simple, llena de paz y de sol.

El le dijo que una agencia de negocios necesitaba ser así, algo perdida, donde las gentes pudiesen entrar sin ser demasiado notadas.

—¿Pero qué negocios son esos en los que las gentes no quieren que las vean?—preguntó ella.

El trató de hacerle comprender que los negocios tienen siempre algo de reservado y secreto, a lo que ella se habría de ir acostumbrando.

Arteramente quiso atraerla a sus malas artes: podía ser una colaboradora de su obra, conspirar con él. Deseaba que viera el fondo de sus asuntos y no se espantase de ellos.

—El fin justifica los medios—le decía; y solía pintar un fin brillante, triunfal, al que era preciso llegar engañando a las gentes, y sin ser demasiado escrupuloso para valerse de ellas y atender a la propia conveniencia. Elvira, oyéndolo, pensó si uno de esos medios que justifican el fin no habría sido su boda.

EL CINICO

Ella estaba defraudada en sus esperanzas. La vida de paz, de unión, de compenetración con el marido que se había forjado en sus sueños de muchacha no se realizaba. Cuando Bernardo se convenció de que su esposa no era materia dispuesta para sus planes, adivinó en ella algo de la secreta hostilidad que su conducta le producía, y trató de recluirla al fondo de la casa, alejarla, para que no se enterase de sus maquinaciones, como si temiera que las pudiera deshacer.

Elvira pasaba días y días en aquellos cuartos sin luz, porque los balcones eran para el despacho, y sin ver al marido nada más que las pocas veces que se quedaba a comer en la casa. La trataba desdeñosamente, como a un ser inferior; ocupado siempre en sus negocios, día y noche en la calle. Tenía que ir al teatro, al café, dejarse ver y alternar, porque así lo requería su profesión. Elvira no le acompañaba jamás; aquella vida de Madrid, con la que soñaba en vísperas de su casamiento, estaba reducida al fondo de aquella casa, triste y lóbrega, que tenía algo de antro de monedero falso, por como ella sentía que se tramaba algo terrible y criminal en rededor suyo.

Era todo mentira en la vida de aquel hombre, y ella, que penetraba en el cúmulo de sus mentiras, llegaba a perder en algunos momentos hasta la idea de la existencia real de las cosas.

Era todo máscara en él, y Elvira, cuando le preparaba los trajes, lo hacía como si preparara un disfraz para la emboscada y la conspiración. Lo veía cuidar su *toilette* como si se caracterizara para el engaño; y al verlo marchar le parecía que una vez solo en la escalera se ponía el antifaz con que salía a la calle.

Sobre todo cuando le decía:

—Sácame el frac y la botonadura que me hice con las perlas de tus pendientes.

Se sentía mal humorada, porque aquel hombre que tan bien conocía se convertía en un ser intachable y flamante. Iba á ser irremediable lo que hiciese de frac con su rica botonadura y sus grandes sortijas, en las que había fundido sus medallones y sus sortijas.

Aun para la misma Elvira se investía con el frac y la levita de una frialdad irritante, venciéndola con su manera de saber realizar las intrigas, llenándose de importancia y dejándola casi sin argumentos.

Bernardo tenía habilidad para engañar a todos.

Había tenido la suerte de ser perseguido durante un período de luchas políticas. Había defendido en la Prensa el derecho de un pueblo andaluz a que no se vendiesen los montes comunales, de los que sacaba su sustento, y los ricachos, a quienes perjudicaba esta actitud, lograron envolverlo en un proceso que le hizo huír al extranjero, y volver luego, gracias a una amnistía, ostentando la aureola de los perseguidos por la justicia. Eso le había dado un prestigio; era como si lo hubiera dignificado ante los que sufren; pero eso, que honraría a un hombre bueno y leal, en un hombre malo era un arma mucho más importante que la de favorecido por la justicia. Para un hombre malo que intentaba seducir a los demás, aquella aureola de mártir político era algo que hasta se compraría con sacrificios. Era difícil deshacer aquella jugada, merced a la cual entró en un círculo de hombres rectos, honrados, luchadores del ideal, que si no formaban un partido político, formaban una sociedad de fines altruístas y educativos. Aunque él era impuro, trabajaba en aquella sociedad que movía las masas de hombres desengañados hacia el bien y la justicia. Esto le daba una perspectiva falsa. El sabía, por su maldad, lo buena y lo dócil que es el alma de los pobres hombres ingenuos; los reunía, les hablaba, simulando el tipo de uno de aquellos hombres sinceros; los convencía de su falso valor, y aquellos hombres fuertes que no sabían usar esa falsa valentía elocuente, y a los que pasmaba la adhesión de los señoritos a su causa de trabajadores de blusa, creían en él; les faltaba la perspicacia que les podía aclarar el alma del hombre negro.

Asustaba la resistencia de aquel hombre para sostener tanta intriga. Lo mismo que fingía su fe cívica fingía su condición de artista y de trabajador. Entraba en las bibliotecas y escribía cartas con membrete de los centros intelectuales a que pertenecían. Entraba sólo para eso, pero el que recibía la carta pensaba en que se le escribía después de largas horas de estar inclinado sobre los libros en estudios y meditaciones.

De vez en cuando publicaba algún folleto erudito sobre historia antigua, frío, seco, rígido como él, que nadie leía y que todos elogiaban, gracias a ese continuo trabajo de visitas y adulaciones a cuyo precio se pagan las reputaciones sin cimiento. Todo le costaba muchos paseos de un lado para otro, coches simones para llegar a tiempo, continentales movilizados para llevar cartas, estar siempre agarrado a todos los teléfonos. Un caso de ficción, de cinismo, de mentira, viviendo entre todos de la realidad de sus ficciones. Se le consentía quizá porque era ese amigo fácil que da siempre la razón, que habla mal de nuestros enemigos, que anticipa el consejo que deseamos que dé. Ese amigo servicial que sabe adular a los unos, someterse a los otros; que prepara banquetes a las nulidades para hablar en los postres; que organiza homenajes y se va uniendo así a los que lo toleran, a los que lo necesitan, formando una cadena de eslabones apretados, soldados fuertemente, entre los que a veces logran engarzar a los hombres de buena fe y a los de poca voluntad.

El explotaba siempre *las ideas*, las pocas ideas que pudo haber tenido alguna vez y que se habían quedado muy atrás en su vida malogradas y secas.

Era sólo el hombre de la velocidad, de las citas, de las ideas pequeñas. En su misma figura, un observador hubiera notado que iba desviado, vacío, que caminaba en medio de sus trapisondas audaz y torpemente, sin luz en los ojos. Se notaba claramente al verlo tan escuálido, al transparentarse tanto, que era escuálida su alma. ¿Es que no se veía su mirada huída, y no se notaba que todo su aspecto era el de un hombre que huye?

LOS ENGAÑADOS

Contemplando todo aquello se había ido acumulando la acritud del fracaso en el alma de Elvira. Se veía sola, en un completo abandono moral, sin encontrar a quién quejarse. Había adquirido la certeza del encanallamiento del hombre a quien estaba unida. Sabía cómo Bernardo faltaba a la confianza de los que le encomendaban asuntos que solventar en algún terreno: patentes que dejaba que caducasen para venderlas a otros; marcas que falsificaba; documentos inutilizados; transacciones con los contrincantes de sus clientes; avisos para poner a cubierto a estafadores; influencias para lograr que se permitiese el juego en algunas provincias; relaciones con tahures con los que ella sospechaba que partía el producto de los robos, y amistades secretas con policías, a los que delataba los planes de los que se le habían confiado.

Y aquel hombre engañaba a la gente; tenía la tutoría de un niño rico, la administración de las fincas de una dama respetable y la representación de un centro industrial importante. Lo acaparaba todo.

Elvira se asustaba cada vez que veía entrar en la agencia un nuevo cliente.

Sabía bien que Bernardo llevaría a feliz término algún asunto difícil, y aconsejaría concienzudamente una buena operación a personas que por su situación pudieran dar resonancia al hecho; pero estaba segura de que luego, sórdidamente, en la sombra, haría víctimas de sus especulaciones a todos los inexpertos y desvalidos que depositaran en él su confianza.

Los éxitos de su marido la indignaban. Su engrandecimiento no llegaría nunca a ella; ella no sabría jamás convivir en aquel medio. Lo que no comprendía era cómo todas aquellas personas de un valor positivo eran amigos suyos y no veían el engaño. Federico Castro, el hombre probo, presidente de la Sociedad Nacionalista defensora del obrero; Manuel Zamora, tan inteligente y tan caballeroso; José Nieto, el hombre de los sólidos prestigios.

Hasta ministros y aristócratas lo atendían y lo consideraban.

¿Cómo aquellas personas no conocían su engaño? ¿Eran todos lo mismo? ¿No habría nadie que aspirase a merecer un sincero reconocimiento íntimo?

Tal vez el secreto de todo aquello estaba en el desengaño de la vida y de las cosas que sentían los demás, y que venía a favorecer a su marido.

Aparte aquellos pocos amigos ciegos en su buena fe, todos los otros eran un atajo de cobardes o de ciegos. Quizá todos se tenían que agasajar, que guardar secretos, que evitar revelaciones de los despechados. Todos hacían como si no notasen nada anómalo, y derrochaban entre sí una galantería repugnante.

Bernardo entraba en todas partes, y después se lo contaba a ella para obligarle a admirar lo que en el fondo la repugnaba. El no buscaba más que la apariencia brillante de las cosas. A veces la brillantez lo deslumbraba, y le hacía caer ofuscado en la credulidad de creerse digno de los homenajes y de las consideraciones, y así adquiría mayor seguridad, mayor cinismo para fingir con un aplomo casi sincero.

LA SOLEDAD

Poco a poco se había ido aumentando su separación y su aversión al marido. Se veían rara vez a solas. Ambos lo evitaban cuidadosamente. ¿De qué podrían hablar?

Sentíase Bernardo, a pesar de su cinismo, humillado por aquel desprecio de su mujer. En el fondo la odiaba por el mismo motivo que ella lo odiaba a él. Se veía en Elvira, se reconocía en el pensamiento de ella.

En el retorcimiento que aquello le producía, hallaba un goce perverso en someter a su mujer a los caprichos más abyectos: lastimarla, martirizarla, como si ese fuese el único medio de probarle su superioridad.

Tenía siempre para ella la palabra grosera, el concepto mortificante, el desdén. Elvira lloraba, sin energía para rebelarse. Era aún la muchacha pueblerina, acostumbrada a contemplar

el respeto que se tributa al hombre en el hogar y la sumisión ciega a su despotismo.

En el pueblo los hombres lo disponían todo; ellos eran los que tenían siempre razón. Las mujeres habían de cuidarlos y servirlos; la ropa de ellos habría de estar pronta y planchada, aunque ellas estuviesen medio desnudas. El bocado preferido en la mesa era para el hombre; éste no podía esperar ni ser discutido. Podía salir, divertirse, cometer infidelidades.

Aquel concepto de sumisión al marido, de resignación ante él, perduraba en ella; no concebía la liberación del matrimonio, y en la rebeldía secreta de su alma se incubaba el odio hacia el ser depravado, sucio, enfermo, envejecido; más seco cada vez, más enjuto, con los cabellos lacios y pringosos, la boca torcida y deformada, boca falsa, cada vez más claramente falsa; las manos sudorosas, y la nariz pronunciándose y creciendo como un pólipo que amenazase con absorberlo todo y convertirlo todo en nariz.

Algún día había llegado ya en que los dos estuvieron a punto de decírselo todo; pero siempre el instinto de cómo habían de convivir en los días próximos los hacía prudentes, obligándolos a callar la palabra decisiva.

—Tú eres verdaderamente un... (aquí la palabra vacilaba o se transformaba en eufemismos)... exigente y un mal carácter.

—Tú no eres más que... (aquí la palabra oscilaba en él, pero se contenía y también se transformaba) una egoísta, una mujer que no ve el alcance de las cosas.

Así, cada día que pasaba temía ella que se acobardasen demasiado, que cediesen demasiado, llegando a vivir así demasiado tiempo sin llegar a la ruptura y la explosión de palabras que en el fondo de su alma necesitaba.

EL HOMBRE

Bernardo estorbaba cuidadosamente toda amistad de su mujer. Con el pretexto de no poderse separar de ella y la promesa de acompañarla, se había negado a que fuese a Extremadura a visitar a su madre; y ésta, que seguía creyendo en la *buena boda* de su hija, no podía abandonar la hacienda, que dirigía, para mandarles la renta, no sólo saneada, si no aumentada, a fin de que su hija se luciera en Madrid. La buena mujer pensaba que en la corte, como en el pueblo, todas envidiarían a Elvira lo sólido de su posición, y marquesas y señoronas le copiarían trajes y sombreros.

Elvira prefería que no viniera y siguiera en un engaño que la hacía dichosa. Algunas veces la madre preguntaba en las cartas: «¿Cuándo tengo un nieto?» Aquella frase inocente, de cariño, tan pueblerina, molestaba a Bernardo como un reproche y hacía estremecer a Elvira. ¡Un hijo! Su ternura de mujer joven le hacía ansiar ese hijo. Ella, que amaba a todos los niños, que se extasiaba contemplando los ojos claros, de pupila grande, de Pablito, el niño puesto bajo la tutela de su marido, y pasaba sus días mejores cuidándolo las escasas veces que dejaba el colegio para venir a su casa. ¡Cómo hubiera amado un hijo! Le parecía que un hijo era un refugio para todas esas mujeres desengañadas, brutalizadas, sin amor. Tal vez todas las que sufrían las groserías del marido sin ese odio que ella sentía era porque les agradecían haberlas hecho madres... Pero de pronto todo su ser protestaba. Sería quizá hasta capaz de odiar al hijo. No, no quería tener un hijo de Bernardo, sería una monstruosidad; no quería perpetuar la raza del hombre negro, negro, negro por fuera y negro por dentro. Le parecía que aquel hombre llevaba una s[illegible] de esas [illegible] largas y viejas, y que andaba sigilosamente, con zapatos de suela de goma, como los fantasmas que se cuelan por las paredes y entran por los intersticios de las puertas cerradas.

Aquel hombre no podía ser amado nunca. Quizá no sería tampoco perseguido como merecía, pero no podía ser amado. Hasta los que no tuviesen prejuicios contra él habían de sentir

esa impresión desde la primera vez que le diesen la mano. No podría ser amado nunca, de ningún modo, ni por equivocación. El hombre negro era uno de esos hombres imposibles que se temen como el tropiezo frío del murciélago. Aquel hombre rezumaba negrura. Aquel hombre era todo perfil; parecía que se había seguido viviendo después de haber sido laminado por una apisonadora. Todo él era la *hoja* de un hombre, como una hoja de guadaña. No podía mirar de frente por estar hecho de refilón, porque era todo él filo, y andaba de perfil, de filo, como intimidado y torcido por el aire que movían las gentes que le cogían de frente. Su nariz era su puñal a su gumía; se pensaba que heriría a traición con ella. Así, lucía su arma como una nariz, pero se veía que era un arma. Parecía estar un poco intimidado por los otros, que era otra cosa. Parecía estar un poco intimidado por los otros, y ante ellos metía la nariz en una funda de hipocresía, en una actitud medio tímida, medio avergonzada, no porque tuviese pundonor, sino porque su vergüenza estaba en él fuera de sí, y hasta podía con él.

LA AMIGA

En medio de su soledad, Elvira tuvo un consuelo: una amiga, cuyo trato no pudo Bernardo evitar.

Manuel Zamora, uno de aquellos amigos prestigiosos que le convenía cultivar, y que eran para él como su uniforme de gran gala, estaba casado con una antigua compañera de colegio de Elvira, de su mismo pueblo.

Manuel era la antítesis de Bernardo, pero su condición de artista lo hacía fácil al entusiasmo, inflamable, enamoradizo. Su amistad con el hombre negro se basaba en que éste sabía presentarle las ocasiones para hacerse su cómplice en una serie de aventuras amorosas, vulgares y sin gloria, pero que por su número le creaban una aureola donjuanesca al mismo tiempo que caballerosa. Manuel había tenido el talento de que se hablara sólo de él al ocuparse de sus amores y que jamás se mencionase a ellas. Sus amadas podían haber sido todas y no haber sido ninguna, porque sabía envolver en el más completo miste-

rio todos sus amores, y para él toda mujer merecía las mismas atenciones y respetos.

Se decía que las mujeres más austeras y las artistas más bellas habían sido sus amantes, al par que todas las flores del arroyo. Algunas tuvieron pasiones que quisieron llegar hasta el vitriolo o el suicidio, pero, sin embargo, él había sabido suavizar todo aquello, curarlas de su mismo amor para no dejar heridas ni odios en pos suyo.

Era el hombre que ama al amor, que lo busca inconsciente en todas las mujeres, sin darle valor excesivo y sin quedar fijo en él, por una continua inconstancia, engendrada por el hábito. Se hacía amar, porque las amaba a todas con sinceridad, una sinceridad de momento en la que parecía poner toda su vida.

Sin quererlo, por el contraste de las dos figuras, todas las conquistas de Bernardo se enamoraban de Manuel. Ninguna de las mujeres que había amado Bernardo dejó de tener relaciones con su amigo, y éste admiraba la paciencia cachazuda con que lo resistía todo, sin ofenderse nunca, obligándolo así más a su amistad.

Cuando se casaron se habían separado algo. Manuel amaba a su mujer, la respetaba, la estimaba por su bondad y su dulzura. Rosa era como una niña cándida y buena, que había hecho un culto de su marido.

Con esa predisposición que hay en las mujeres a disculpar a los que aman, ella echaba la culpa de todos los alejamientos de su esposo a la amistad con el hombre negro; aquella figura, grotesca, de pájaro de mal agüero, débil, enclenque, como un hombre sin pecho, que parecía formado todo él por dos piernas de alambre, hasta el punto de que se pensaba que en los días de viento no debía salir a la calle, porque el viento lo cimbreaba y lo vencía.

Le costó trabajo a Manuel reducirla a que fuese de visita a casa de aquel hombre para complacer a Elvira que se lo había suplicado.

Bien pronto las dos amigas llegaron a las confidencias.

Rosa no era desgraciada, aunque sufría por las infidelidades del marido, al que amaba cada vez más. Había llegado hasta justificar todo lo que él hacía, dándose la dolorosa razón de que ella no era bastante para llenar todos los ensueños y las ambiciones de su mente de artista, y feliz en el fondo de verse siempre preferida y amada de un modo sólido y profundo, distinto de todos sus otros amores. Dentro de su pasión de mujer había una seducción de madre: se indignaba de las ingratitudes de que era objeto; le hubiera sido antipática una mujer que lo resistiera; su admiración ciega, fanática, por él le daba derecho a todo.

Cuando Elvira le contaba su odio hacia Bernardo, Rosa se asustaba:

—¡Jesús, mujer, no digas eso; Bernardo es muy bueno también! Cosas de hombres. Aquí, en Madrid, no es como en nuestro pueblo.

Elvira se indignaba:

—Tú hablas así porque tu marido es una persona decente, porque te considera, te respeta.

Y ella le contaba todas sus humillaciones, todas sus miserias, todos los chanchullos del hombre negro. No lo aborrecía por infiel, no estaba quejosa por amor; era algo superior a eso: la protesta de una naturaleza noble unida a un ser depravado; la reacción de la sinceridad de mujer contra la hipocresía.

—El no ve más que sus deseos, sus ambiciones...—decía—; no me explico cómo esos pobres hombres que luchan por el ideal no ven esa mirada ingrata con ellos, ese deseo obstinado que hay en sus ojos... A veces me lleva del brazo, pero nunca me mira.

—Eso es verdad—contestaba Rosa—. Las personas que no miran de frente y los que al dar la mano la dejan que se escurra como una anguila, no son leales nunca.

—Jamás se ha acordado de mí para tener una atención—seguía ella—; no ha contado para nada con mi alma. Una mujer libre que lo hubiera conocido en medio de la vida libre de la gran ciudad no se hubiera podido engañar nunca.

Rosa se impresionaba cada vez más por aquellas confidencias, y deseosa de apartar a Manuel de la funesta amistad del hombre negro, le contaba los tormentos de su amiga.

—No creas eso, son cosas de mujeres celosas—decía él para disuadirla; pero en el fondo de su espíritu hacían mella aquellas revelaciones que llegaban hasta él al través de la voz de su esposa.

Aquel recelo crecía; se fijaba en cosas que no había visto, se daba cuenta de algo obscuro y tenebroso, hasta el punto de que un día, dominado por su impresión, se lo reveló todo a Federico Castro. Había que prevenirse. Sin embargo, era difícil sorprenderlo; cada vez era más duro con los poderosos, logrando ser así más embaucador y atraer a los pobres que tenían negocios contra los ricos para luego ofrecer a éstos reservadamente, una vez sí y otra no para despistar a los que observaban, el secreto de los pobres.

Todos lo oían gritar tan estentóreamente, que creían en su recta intención, no sabiendo que, no pudiendo ser el amigo de los poderosos, porque no tenía ni humilad ni aristocracia, clamaba contra ellos por vesania, por avilantez, no por el íntegro sentimiento de justicia por el cual los poderosos autoritarios

merecen ser escarmentados. Era un autoritario que no cabía en el mismo mundo de los otros, y por eso, en su despecho, despotricaba contra ellos.

EL CEBO

La influencia de Rosa hacía más transigente a Elvira; su amiga lograba persuadirla de que exageraba. Rosa estaba tan sugestionada por su esposo, que creía hasta lo contrario de lo que estaba viendo si él se lo aseguraba.

Un pañuelo de Manuel olía un día a esencia de mujer.

—¿Qué olor es este?—preguntó.

—Ninguno...

—Es violeta—siguió ella.

—Te aseguro que no huele a nada...; estás nerviosa.

Al día siguiente ella afirmaba a su marido:

—Percibo olores que no existen.

—¿Has comido?—preguntaba otro día Rosa.

—No.

—Creí...

—Es que he tomado ron, porque me duele una muela; he pasado toda la tarde rabiando.

La malicia de Rosa se había despertado.

—Si le duele no podrá dormir—se dijo mientras él se acostaba; pero a los pocos minutos Manuel roncaba como un bendito.

Ella se indignó; se acercó para despertarlo, lo vió dormido, y sintió la ternura materna que le inspiraba:

—¡Pobrecito! ¿Y si era verdad y está descansando?

Hasta un día, al verlo llegar sin camiseta, halló natural su exclamación de asombro:

—¡Calla, es verdad, se me ha perdido!

El sabía pagarle aquella confianza y aquella devoción con mayor ternura que la que ponen en su afecto esos maridos fieles y brutales que no tienen ninguna galantería ni ninguna pasión para la esposa. Se avergonzaba de no darse todo a la santa, y

la rodeaba de cuidados y de respeto. En el fondo los dos eran felices: él por su confianza en la mujer, de la que no se le escapaba un solo pensamiento; ella, porque una sola de sus palabras la llenaba de felicidad.

El tener que estar a tono con ellos en sus reuniones llevaba a Bernardo a la nueva falsedad de guardar un respeto y una consideración a su mujer, que constituyeron para ella una nueva afrenta.

Bernardo empezó a utilizar su situación de hombre casado como una cosa digna de respeto, para recibir en la intimidad algún cliente, obligándolo más en sus relaciones.

La carne, como pura, bien conservada y casera de la esposa, más blanca y más blanda que otras carnes, él sabía que era algo apetitoso que satisfacía mirar y desear, y que distraía del negocio al cliente, permitiéndole eso aprovechar la distracción y el descuido.

Con su esposa delante él decía varias cosas convenientes que sin ella no hubiese podido decir. En primer lugar, decía como llenándose de orgullo:

—Mi esposa.

Y después intercalaba en la conversación frases como éstas:

—Mi esposa a veces me dice...

—Mi esposa me recomienda...

—Mi esposa no quiere que yo...

—Mi esposa siempre me tiene que recordar...

—Mi esposa lo puede decir...

—Si no estoy yo, mi esposa le entregará a usted el documento.

—Puede usted dejarle el dinero a mi esposa.

Elvira se veía obligada a aguantar aquellas visitas, a presidir la mesa en una comida, a ofrecer un té, a organizar una velada por imposición de su marido. El invitaba siempre a las personas que deseaba deslumbrar, a las que le podían servir. Sus amigos respetables, que se creían halagados por el convite, no eran en realidad más que el fondo en donde él destacaba su personalidad, el prestigio de que él revestía su prestigio.

Un día era Rosa, la mujer buena, cuya amistad era una garantía de la virtud de Elvira. Otro día era Manuel, que le prestaba como un prestigio de literato cuando hablaba delante de él de sus libros de historia. Otra vez eran Federico Castro o José Nieto: el uno con su talento, su honradez intachable y su fe de luchador; el otro con su austeridad de apóstol. Los dos, que podían haberlo sido todo, habían sabido renunciar a todo para conservar su integridad, y los dos iban allí engañados por aquellos alardes fogosos del hombre negro, y tal vez por algo de compasión al pensar que se le desconocía y que su labor

tenía que ser más dura y más ardua para vencer el efecto de la antipatía que su figura fatídica causaba.

Entre los comensales y asiduos a su tertulia estaba siempre el protutor de Pablito, rubio, colorado, de cabellos rizados, bigote a lo káiser y aspecto petulante. Era un hombre barrigón, alto, muy alto, demasiado alto y demasiado fuerte; era un hombre que había crecido entre los hombres como las matas de calabaza crecen en los bancales, extendiéndose y cogiéndolo todo. Un hombre que había crecido por estupidez. Era un hombre petulante, inaguantable, fatuo, con ínfulas de buen mozo y conquistador, que aprovechaba los descuidos de todos los hombres para mirar a las mujeres con los ojos entornados y un leve suspiro. Un hombre ventajista, merodeador, de esos que se ponen en las aceras para pellizcar a una desconocida.

Se daba el fenómeno de que sin estar nadie satisfecho los convites se repitieran y se soportaran los unos a los otros; algo de fuerza de costumbre. Elvira sentía una gran simpatía por Federico; aquel hombre digno, afable, sin galanteos, dispuesto siempre a la lucha, al sacrificio por sus ideas, siempre desinteresado y consecuente consigo mismo, la conmovía. Le daba pena verlo allí con ellos. En la exacta conciencia de la degradación de su marido, le parecía estar ya contaminada ella, la casa, todo. Le gustaba verlo allí, aunque le apenaba. Le parecía que perdía su tiempo, sus palabras y su buena intención; que le robaban su cora ón las manos largas, las manos ganchudas, las manos de garduña de su marido. Sobre todo, cuando el buen hombre hacía una confidencia verdadera y entrañable, ella sentía un tremendo escalofrío; le hubiese tapado la boca, le hubiera evitado hablar en falso y ser engañado. Era excesivo el contraste, y ella en esos momentos tenía que reprimirse mucho para no prorrumpir como una loca en advertencias a Federico como si viera que se le prendía fuego a su ropa.

RESIGNACION

Aquella tarde tenía ese color dorado de la primavera de Madrid: una primavera otoñal, fría. El jardín del merendero, con sus vallas de boj, recortado como los parques ingleses, tenía algo de cementerio; entre los dibujos verdes, en vez de macizos de flores se veían las losas blancas de mármol de las mesas esperando sus comensales; pero la concurrencia era tan escasa, que no se veía más mesa ocupada que la que tenían Bernardo, su mujer y Antonio el protutor.

Ahora organizaba con frecuencia estas comidas Bernardo; a todas invitaba a Antonio, a Manuel y a Rosa, pero ésta no había aceptado nunca. Se quedaba, pues, Elvira sola con los tres hombres en aquellos simulacros de cenas alegres, que se tornaban ceremoniosas y aburridas.

Ella había acabado por acostumbrarse a aquellas reuniones, que después de todo la libraban de su soledad. Una afición muy femenina por la *toilette* la distraía y la entretenía; en el fondo se iba contaminando, acostumbrándose a aquel género de vida, y, además, siempre hallaba el medio de alejarse del marido para charlar con sus amigos.

¡Era tan difícil romper con él! Tomaba un gesto de naturalidad en la casa sin base feliz. Por no romper con un hombre se le aguanta años enteros; es como un cataclismo del mundo el romper con esa costumbre abrumadora de lazos apretados, atadijo que no se puede romper violentamente y no se encuentra el modo de desenredarlo y desatarlo.

Su convivencia la hacía a veces sonreír como si una estrecha afinidad hubiese entre ellos. Tenía días en su vida que eran claros como los días que puede disfrutar una pareja bien unida. Pero de pronto veía su sombra sobre las paredes de la habitación, sobre todo cuando después de cenar se reunían en el despacho. Aquella sombra, que la gran araña que pendía muy baja en el centro de la habitación arrojaba sobre las paredes, le daba la sensación del ser extraño, anguloso y negro con quien convivía.

Elvira no era bella, pero era agradable, menudita, llenita de carnes, redondeada y muellemente ondulante de caderas, graciosa de busto, con piececitos pequeños, rostro picaresco y cabello rizoso; su mayor defecto consistía en tener los párpados escaldados y algo desguarnecidos de pestañas por una enfermedad adquirida a raíz de su matrimonio.

Pero aquellos ojos chiquitos miraban con malicia, y la pupila era clara y brillante: la boca era rajada, sangrienta y húmeda, y el descote, siempre grande y blanco, se hacía carnalmente luminoso y rimaba bien con el ritmo de las caderas y la coquetería del pie, siempre descubierto y bien calzado.

Aquella tarde transcurría de las más aburridas y monótonas. Manuel no había ido; Clarita, una joven andaluza amiga de Elvira, se había excusado. Estaban solo el matrimonio y Antonio, que rivalizaba con Bernardo en lo ostentoso del chaleco a rayas, con sus bigotes engomados.

Bernardo hacía números sentado cerca de la mesa de mármol; no había tiempo que perder en los negocios. Su mujer y Antonio paseaban bajo los árboles a la orilla del río. Los dos iban silenciosos, sin saber qué decir; a su lado corría el agua con su curso lento, levantando un rumor de chinarros bajo un pequeño puente chato que cerraba el paisaje. Todo el campo, solitario, silencioso, no dejaba adivinar la proximidad de una capital populosa; el crepúsculo había concitado vapores densos de un gris eléctrico, pizarroso, iluminado en el horizonte por los oros pálidos de los últimos reflejos del sol. A lo lejos serpenteó sobre un viaducto la cinta de hierro de un tren, y el agudo silbido de la locomotora rasgó el aire como un grito triunfal de llegada.

—Yo quisiera poder irme en todos los trenes que cruzan—dijo ella—. Hay una impulsión en todos los trenes y en todos los barcos que se lanzan con ese ímpetu de destino a cumplir su ruta, una ruta que un día debe ser aciaga a fuerza de ser repetida.

—Ese no es un tren que se va, es un tren que llega—objetó él.

—Yo quisiera un tren que se fuera lejos, muy lejos—añadió Elvira.

—¿No se siente usted bien aquí?—preguntó él.

—No. Bien lo sabe usted—repuso ella; y lo miró de frente, abandonándose en su brazo de un modo confidencial.

Aquel hombre fatuo, que no sabía hablar con las mujeres sin galantearlas, y pensaba que todas se enamoraban de él, tuvo un movimiento de vanidad.

—¿Será Bernardo tan ciego que no sepa estimar el tesoro que tiene?—le contestó con un tópico vulgar.

Ella se sintió halagada. Por ese sentimiento ansioso del amor de las mujeres desengañadas, que las hace más crédulas y más fáciles al engaño, pensó que aquel hombre no era como siempre lo había visto y que tenía un espíritu capaz de comprenderla.

La tarde predisponía a la confidencia, y ella abrió su corazón para contarle toda su amargura, toda su humillación al lado de aquel hombre malvado, repugnante, sucio.

—Para convivir con él había que ser como él, créame...—dijo.

Hablaba excitada por su indignación, con las mejillas enrojecidas, los labios sangrantes, y la luz parecía poner una raya de claridad en sus dientes blancos.

Antonio se sintió seducido, y dijo con esa sinceridad con que los hombres mienten cuando se engañan a sí mismos en los momentos en que creen su mentira:

—¡Cuánto la hubiera yo amado a usted! ¡Cómo hubiera yo mantenido limpia su primera ilusión!...

Se estremeció ella, y preguntó inconsciente:

—Ahora. ¿No puede usted ya amarme?

Aquella tarde primaveral la envolvía, la engañaba, dando a las líneas donjuanescas de Antonio una forma falsa.

El, audaz, atrevido, no sabiendo hablar otro lenguaje con las mujeres, le estrechó la mano. La voz de un camarero los sacó de su abstracción:

—La cena está servida.

Bernardo los esperaba con su semblante afablemente hipócrita.

—¿Os habéis paseado?—preguntó por fórmula, y ofreció el brazo a su esposa para subir a uno de los cuartos reservados del primer piso, añadiendo:—Está la tarde húmeda y fría. Aquí estaremos mejor.

Miró Antonio la estancia con cierto aire de triunfo. Dos habitaciones contiguas, la primera con la mesa puesta, lujosa, espléndida, el piano abierto, y en el fondo el cuartito pequeño, invitando al descanso y al [illegible], con su diván, [illegible] y todos los accesorios necesarios a la *toilette*.

La comida fué fría y triste. Bernardo hizo el gasto de la conversación. Habló primero de sus ocupaciones, de sus tareas, del libro que preparaba y de la baja de valores. Todo revuelto, mezclado, dejando adivinar su preocupación. Luego el tema fueron los devaneos de Manuel, algunas bromas, anécdotas y aventuras que los unían en una estrecha amistad. Al fin, satisfecho y algo exaltado ya por el exceso de copas apuradas, se quedó silencioso chupando un enorme puro que le tiraba del ángulo del albio y dejaba ver un colmillo verdinegro.

En el piso de abajo tocaba una polka el organillo.

—Ven a bailar—dijo de pronto a su mujer.

Ella no se negó.

La tomó procazmente por el talle, y empezó a bailar n t r

Tenía aquello algo de danza macabra; aquel hombre esquelético, que parecía montado en huesos como esos muñecos que se desarman para estudiar anatomía, parecía que iba a desencuadernarse; los cabellos caían lacios a los lados del semblante, del que no se veía más que la silueta aplastada y la nariz, colgante e innoble.

Antonio fingió un rasgo humorístico:

—¿Me cedes la pareja?

Y al acercarse a ella, que le agradeció su liberación con la mirada, notó las manos húmedas por el sudor negro de aquel hombre, y un olor de ropa sucia en que parecía haberla impregnado su contacto. Tuvo un movimiento de repulsión, que se desvaneció bien pronto con el cosquilleo de los cabellos de la cabecita de la mujer, que le llegaban al hombro.

Aun bailaron todos más veces; aun pidió Bernardo más copas y más champagne.

De pronto sacó el reloj y barbotó una interjección:

—¡Caramba! Las once; tenía que estar en el Centro. Voy a hablar un momento por teléfono.

Bernardo salió precipitadamente. Los dos, al quedarse solos, se miraron con embarazo, y duró un rato el silencio. ¿Qué decir? Una danza sonó en el organillo:

—¿Quiere usted bailar más?

A lo lejos se oyó la voz de Bernardo y la campanilla del teléfono: «¡Central!», decía con su acento de vieja chocha. Habría de tardar.

Y los dos, como vencidos por el ambiente, se estrecharon el uno contra el otro. Ella dejó caer la cabeza en el hombro de Antonio; la danza era lenta, lenta, cadenciosa, lánguida... Olvidaron la llamada del teléfono que antes de su vértigo habían contado con oír.

La puerta se abrió de improviso. Bernardo apareció en el dintel, recorrió con la mirada la estancia, pareció vacilar un momento, y mientras ella se escondía aterrorizada en un ángulo y Antonio se alzaba, con toda su fachenda, dispuesto a arrostrar lo que sobreviniese, Bernardo cruzó la estancia con paso lento, se puso a tocar el piano, con su puro en la boca, sin volver ni una sola vez la cabeza, mirando atentamente al aire como recordando las notas del vals desafinado y desordenado que tocaba.

LA PESADILLA

Hasta en sus soledades pesaba aquel hombre sobre su espíritu. Lo veía en los retratos. Bernardo, ansioso siempre de que se ocupasen de él, se había retratado de todos modos: de frac, de levita, en su intimidad, despachando sus asuntos; así llenaba toda la casa aun cuando estaba ausente.

Ella lo odiaba en los retratos; en ellos quedaba más al descubierto, veía mejor su hipocresía, lo veía en toda su negrura. Sus ropas negras, sus cejas, sus pelos como teñidos precozmente, los trazos negros se destacaban de la fotografía con una fuerza irresistible. En los retratos la miraba como un extraño, acechándola como un ladrón en la sombra.

Desde aquel día en que ella había cedido a la sugestión de Antonio lo odiaba y lo despreciaba más.

Comprendía que una gran parte de su culpa había tenido por móvil el deseo de venganza, de afrentar con algo grande a aquel hombre y su cachaza, su indiferencia, le habían producido un nuevo dolor.

Ni ella ni Antonio habían tenido esa repugnancia del engaño que suele atormentar a los amantes en esos casos; se vió bien que ambos lo despreciaban igualmente; pero ella hubiera querido infringirle con su ofensa un dolor, una indignación, un sadimiento. A veces, cuando en ausencia de Bernardo [illegible] a Antonio en aquel gabinete, miraba rencorosa a los retratos como si al burlarse de ellos pudiera causar una afrenta a aquel hombre. Antonio lo notó un día, y le preguntó con jactancia, señalando al mejor retrato, al del testero, al que lo representaba más negro y más majestuoso:

—¿Quieres que lo volvamos?

Entonces fué ella la que se sintió afrentada.

Antonio no era el hombre a quien podía amar. Era vulgar, vano, frívolo, pagado de su condición de buen mozo, y tratándola como a una conquista fácil.

Lo que más le dolía era verse en la reunión de los contertulios habituales de la casa. Le parecía que Manuel Zamora, con su

perspicacia de psicología femenina, había de conocer su vergüenza en la confusión que la acometía frente a ellos, y en la sonrisa altiva y el bigote a lo káiser, más provocativo y triunfal, de Antonio. Ella, que no se avergonzaba ante su marido, a pesar de constarle que lo sabía todo, se avergonzaba ante sus amigos, como si fuese a ellos a los que les hubiese faltado. Sobre todo delante de Federico, tan noble, tan recto, tan leal.

—El trata a mi marido porque está engañado y lo cree bueno—pensaba—, ¡y yo soy ya tan engañosa como mi marido! Soy digna de Bernardo.

Su vergüenza llegó a tanto, que un día no pudo resistir más, y le dijo a Rosa:

—No vengas a esta casa..., no debes venir.

—¿Por qué, loca?—preguntó su amiga con calma.

Y ella tuvo el atrevimiento de confiárselo todo, de contarle toda su culpa, como si quisiera sentir su castigo; pero la santa mujer la escuchó con la serena tranquilidad de su pureza, la compadeció y la estrechó entre sus brazos sin hacerle una sola reconvención.

Al despedirse le dijo con ternura:

—No hablemos más de esto.

Y volvió como de costumbre, y la trató con la misma afectuosa sencillez.

Aquello fué un alivio para Elvira. Se vió estimada, compadecida tal como era, sin tener que fingir y granjearse el afecto por la hipocresía. Aquel fondo de nobleza de la mujer verdaderamente honrada, que fuerte en su virtud no siente la gazmoñería, le hacía sentir una aspiración buena, noble, un ansia de dignificación. ¡Si al menos hubiera encontrado la felicidad en Antonio! Ella comprendía que una pasión no la hubiera hecho culpable. Pero había caído vulgarmente, con un hombre vulgar también, sin pasión, sin un móvil grande. Le parecía que todo aquello lo había preparado el hombre negro con algún fin que ella no conocía, que había querido desmoralizarla, hacerla hipócrita como él, tenerla más indefensa, más a merced de su capricho. De entre todas las personas que la rodeaban, además de Rosa y su marido, las que más le importaban eran José Nieto, el paternal y bondadoso apóstol de las ideas de libertad, y Federico Castro. Ella hubiera querido confesarse con los dos; contar sus pecados y los pecados que la llevaron a delinquir; pero su respeto y el miedo al desprecio la contenían, aunque sufría un martirio para desempeñar su papel de inocente y de buena esposa en presencia suya. Un elogio dirigido a ella la exasperaba. Su sentido moral no estaba muerto; tenía aún toda la recia savia inculcada por la madre en las sanas costumbres de su pueblo, donde la vida guar-

da un sentido recto tan distinto de ese sentido de la vida falso y sinuoso, propio de la lucha de las grandes capitales.

En algunos momentos aborrecía por igual a Antonio y a Bernardo. Eran como dos amos, dos yugos, a cuyos caprichos se sometía con pasividad de hembra, para salir cada vez más deshecha, más asqueada, más avergonzada de sí misma.

Así es que vió casi con alegría su rompimiento con Antonio. Este no tardó en dejarla, como un vulgar capricho, por una francesa rubia planchada, que exhibía en todas partes. A pesar de la *molestia* de su amor propio de mujer, Elvira se sintió aliviada de un peso. Desaparecía como una cosa que no tenía realidad, como una pesadilla, de la que ni siquiera quedase el recuerdo.

ALMA NEGRA

La ruptura de Federico con Bernardo había sido ruidosa. Los indicios dados por Manuel a Federico acerca de la conducta de Bernardo le habían servido de guía para buscar, e indagó en silencio, con frialdad, con desapasionamiento, hasta lograr tener la certeza, la convicción moral de la abyección de aquel hombre, aunque no pudo tener las pruebas materiales, puesto que Bernardo había sabido revestir todos sus actos con las condiciones de legalidad, hábilmente buscadas para engañar a la justicia. Pero Federico no necesitaba eso; su espíritu de verdadera equidad no necesitaba esa prueba tangible: le bastaba su certeza moral. El, que había creído en aquel hombre negro y siniestro, que había sido su defensor, que lo había *garantizado*, por decirlo así, se sintió en el deber de desenmascararlo. Le parecía que era un cómplice suyo, porque tal vez el amparo de su prestigio había sido lo que atrajo a los incautos, lo que hizo creer en él a sus víctimas.

Lo veía en toda su falsedad recordando lo que con la condescendencia de su amistad había dejado pasar. Veía ahora la bajeza de ufanarse de haber tenido amores con Adelina, la gran actriz, sin poder mostrar una sola carta de ella, cuando, de haber sido ciertos aquellos amores, aquella mujer apasionada y libre le hubiera dejado una de esas cartas que siempre abandonan las mujeres, porque ellas no numeran nunca sus cartas, y se comprometen demasiado siempre hasta cuando no son libres y sobre todo cuando lo son.

Recordaba también aquella indiferencia para los asuntos verdaderamente lamentables en los que podía hacer un favor desinteresado a los proletarios; recordaba aquel murmullo de todos los que decían que era un canalla, rumor insistente en el que todos empleaban con una gran insistencia la palabra difícil de decir, esa palabra que quizá es una de las más serias y más difícil de pronunciar en falso: *canalla*.

Dejándose llevar de su impulso generoso, Federico se comprometió. El quiso abrir los ojos a los incautos, sintió como el

deseo de hacer una proclama y pegarla sobre la placa de la puerta en que se leían aquellas palabras que servían de cebo:

«AGENCIA DE NEGOCIOS

De 10 a 1, y de 4 a 7»

Era preciso repartir algo semejante a las hojas electorales que se pegan por la noche en las puertas de las tiendas y en los cristales de los faroles, y aparecen por la mañana para mover la voluntad del pueblo; gritar a todos: «¡Cambiad, cambiad de hombre y de consultorio! Yo no soy sospechoso de poderos recomendar un hombre de otras ideas, sino un hombre que tenga de verdad esas ideas. Dejad a ése, que os venderá irreparablemente. No entréis en esa agencia».

Entonces se dió un caso raro. El hombre negro acudió a los tribunales contra Federico, presentando una querella por injurias: el caso estupendo de que el culpable persiguiese al inocente.

El odio de Bernardo fué implacable. Se valía de sus argucias de hombre avezado a los negocios y de su amistad con curiales para enredar a Federico. Su ensañamiento provenía del contraste de su negrura con la diafanidad de su enemigo. Bernardo veía su propia figura repugnante proyectándose, y se sentía impotente contra la serenidad inconmovible de Federico:

—Yo no quería más que quitarle la cara, su cara hipócrita; que se le conociera, que se desconfiara de él; lo he hecho, no por odio ni por venganza, sino por cumplir un deber de justicia... Porque si soy verdaderamente libertario, mis actos deben ser así: revelaciones, sin otro móvil que la sinceridad.

Como Manuel y don José le hablaban con inquietud de lo que pudiera resultar del fallo, ya que en los tribunales sólo las pruebas materiales pueden ser elemento de juicio, Federico respondía inmutable:

—¿Qué más da? El fallo no me inquieta. Yo cumpliría mi condena con una gran felicidad... ¡Oh, el destierro después de haber sido justo! ¡El destierro, que puede escoger cualquier paisaje, es un medio de gozar más la naturaleza, de verla con la claridad con que los hombres negros no la podrán contemplar nunca!...

Algunos amigos oficiosos, y otros bien intencionados, habían intentado mediar para la reconciliación, pero toda gestión resultó imposible. La integridad de Federico, lo inquebrantable de sus principios, no admitían que pudiese jamás, por ningún móvil, estrechar la mano del hombre negro; y éste, en su odio, no

podía acomodarse a la idea de no destruír a su enemigo. Así, en Federico había la alegría del que muestra al empedernido el abismo imposible de salvar que le separa de los hombres buenos.

Bernardo acumulaba falsamente sobre Federico las versiones más repugnantes, queriendo hacer aparecer a aquel hombre noble y austero como un despechado por causas que no podía probar ni con una carta ni con un buen testimonio.

Pero sus acusaciones no tenían eco. Todos huían de él por no escucharlas. Ni Manuel, ni don José, ni ninguno de sus amigos había vuelto a ir a su casa, y evitaban el reunirse con él. Hasta Elvira, un día que peroraba, con su voz cascada, en los postres de la comida, contando con el estómago agradecido de unos pobres diablos a los que había invitado, sintió impulsos de gritarle con pasión como si Federico fuese su amante:

—¡Calla, no mientas, no calumnies!

Pero no se atrevió, y fué a ocultarse, llorando, en sus habitaciones, pensando que el ser más noble y más bueno de cuantos había conocido era aquel hombre calumniado por su marido. Aquel hombre resultaba su marido ideal, y hasta más real que Bernardo, y éste resultaba el usurpador. Del fondo de su odio brotó una idea:

—No dejaré que lo venza. Yo le llevaré las pruebas.

EL JUSTICIERO

Cada vez Bernardo se desesperaba más. La opinión reaccionaba en favor de Federico. Se iban divulgando hechos del hombre negro, contándose de unos en otros. Todos estaban conformes y se lo repetían, haciendo un gesto especial que sólo aquel hombre entre todos podía merecer. No había dejado de existir la idea de Bernardo, pero había estado callada. Ahora surgía de todos lados la acusación, como de todas las bocas de las solfataras, por muy lejanas que estén entre sí, surge humo, respondiendo todas al hachón encendido que se acerca sólo a una de ellas.

Se iban reuniendo todas las víctimas en torno de Federico, como alentadas por la esperanza de una revisión, como si quisieran darle todos los datos para su obra de justicia.

La negrura de aquel hombre se acentuaba. Sobre su había caído un manteo negro, más negro que nada.

Un día era la pobre mujer de cuya confianza abusó para arruinarla en una jugada de Bolsa.

Ya era el hombre anciano y digno que le daba la memoria y los planos del edificio en construcción para ir a la subasta y al que él vendía, entregando su secreto a otro mejor postor.

Y todo eso que había permanecido oculto se iba sabiendo, crecía, se formaba la opinión contra él. Parecía un caso de castigo providencial; como si al sacar el buen hombre la cuerda al balcón el hombre malo se hubiese colgado él mismo de ella.

Federico decía:

—Si yo fuese escritor y pudiese pintar ese alma en toda su tortuosidad; si todos pudieran sentir el tono de mi sinceridad, no serían necesarias las pruebas. Sería preciso hacer una obra que leyese todo el mundo si yo tuviera la gran popularidad que me falta.

Pero otras veces, según se comprobaban mayores miserias, se asustaba; quizá había provocado un daño más grande del que esperaba. Sentía un fondo de compasión, hubiera querido verlo arrepentido; pero bien pronto comprendía que no era posible. Un hombre que llevaba aquellas miserias dentro, como Bernardo.

había de querer que pagara su enemigo todos los atrasos de su vida. Era un hombre irredento. No podía pararse a considerar su propia infamia para modificarse. Iba ya arrastrado por esa infamia, por esa crueldad ensañada de la vida que no tiene jamás el hombre bueno que hasta puede olvidar al enemigo, consolándose así de la enemistad o de la deslealtad. Bernardo era cada vez más perseverante en su obra de despecho; en el odio implacable que el desdén de su enemigo le causaba, había acumulado pruebas e influencias contra Federico, y continuamente estaba hablando de su triunfo, de su venganza, de un modo harto campanudo para ser sincero; como si después de haberse pasado la vida engañando a todo el mundo quisiera engañarse a sí mismo al final; como si temiendo en su conciencia la idea cabal del valor de su enemigo hablase en voz alta para no escuchar la verdad.

LA VENGADORA

Elvira había comprendido que ella había sido un lazo de unión entre Antonio y Bernardo. Aquellos dos hombres se entendían. Ella fué un cebo puesto por su marido para dominar a Antonio; los había acercado, había hecho posible una inteligencia de la que había de salir la ruina de Pablito. Aquellos dos hombres siniestros se repartirían la fortuna del niño. Una tarde escuchó su conversación amistosa cuando se creían solos. Los dos tocaban despiadadamente a todo lo que a ella le era querido: aquel niño, que en cierta manera le parecía su hijo, y Federico, hombre honrado y digno, que admiraba sobre todos los demás. A fuerza de pensar en él, de compararlo con los otros, había acabado por amar a Federico. No podía decir si es que lo amaba ahora o si lo había amado siempre. Era la realización de su ideal, lo que ella había creído que sería su marido, la figura que iba en ella siempre que pensó en el amor. ¡Y aquel hombre era el más remoto a ella, porque era el enemigo de su marido!

No tenía esperanza. Federico había estado siempre cortés; jamás tuvo una falsa galantería ni una insinuación. Ella se consideraba incapaz de despertar la pasión en aquel hombre, pero formó el propósito de lograr el goce de sacrificarse por él.

Fué el suyo un trabajo de espía, de vigilancia, de zapa, para inspirar confianza a aquellos dos hombres y conseguir las pruebas que deseaba. Durante un año que duró el proceso, ella estuvo atenta a todos sus movimientos. Las cartas de Antonio, que rompía Bernardo, eran cuidadosamente recompuestas por ella, y en más de una ocasión logró interceptar alguna carta importante de su marido a Antonio.

Ella logró reunir las pruebas de sus indignidades; los planes acerca de Pablito, casi arruinado por la venta de sus bienes, gracias a expedientes de utilidad y necesidad; las pruebas falsificadas contra Federico; los comprobantes de muchos de sus manejos.

Cuando lo tuvo todo ella, con una energía de que no se la hubiera creído capaz, compareció ante los tribunales pidiendo su separación de aquel hombre por causa de indignidad.

El golpe había sido decisivo. Los jueces y la opinión habían hecho justicia. Federico, absuelto, libre de las asechanzas de Bernardo, y éste envuelto en el proceso incoado por su misma mujer, y condenado por la opinión, desacreditado, perdido.

Elvira sentía una especie de satisfacción en perderse realizando su venganza, ofrendando aquella prueba de amor a Federico. Era como una rehabilitación de haber sido la esposa de Bernardo, como si quisiera así librarse de la repugnancia que inspiran esos hombres de los que una mujer que les ha pertenecido se avergüenza toda su vida.

LO IRREPARABLE

Federico retrocedió dos pasos lleno de asombro cuando la dama que solicitaba verlo entró en su despacho:

—¡Elvira!...

Era la esposa de su enemigo. A pesar de saber su separación, él seguía siempre viendo en la joven a la esposa de Bernardo.

Ella se sintió turbada.

—¿Se extraña usted de verme?

—Sí, lo confieso.

—Tal vez no he debido venir.

El no negó ni afirmó.

—Está usted en su casa... ; puede usted sentarse

Le acercó un sillón a la chimenea, en la que ardía un buen fuego de leña.

Se sintió un momento dichosa. Allí había un ambiente distinto del de su casa ; las paredes tenían una amable decoración de copias de los cuadros de los grandes pintores ; cornucopias y porcelanas ponían una nota clara y agradable de serenidad de espíritu, y los objetos de bronce, de forma artística, parecían dar solidez a todo, algo de la fortaleza y la lealtad del carácter de Federico.

Un gran balcón, con visillos claros ; muchas lámparas de luz eléctrica, luz siempre, claridad, alegría, nada de severidad, nada de lo tétrico; escueto y obscuro de la casa del hombre negro. Ni un solo retrato suyo.

Mientras sus ojillos vivos e inquietos miraban todo aquello, él parecía esperar. Al fin le preguntó :

—¿A qué debo esta satisfacción?

Ella entonces lloró como si sus lágrimas hubiesen sido de mucho tiempo, contenidas eternidades en la sima profunda de sus ojos. Después dijo:

—No sé, no sé... Yo misma no puedo decirlo... Pero me voy a ir... ; voy a volver a Extremadura, al lado de mi madre..., destrozada... deshecha..., y quiero que usted sepa que yo he sido la mano de la justicia... y que usted me ha impulsado... ; lo he hecho todo por usted.

Con sorpresa vió que Federico no se inmutaba.

—Se lo agradezco a usted, Elvira..., pero usted y yo no podemos hablar de eso.

Pensó que desconfiaba de ella.

—¿No me cree usted?

El movió tristemente la cabeza.

—No es eso. Es que yo no quiero aprovechar esta debilidad de usted, cuya causa no conozco. Yo no puedo invitarla a faltar así a sus deberes de esposa.

Aquellas palabras la hirieron como un sarcasmo. ¡Deberes! No. Ya que había dado este paso, no se iría de allí sin decírselo todo.

Trémula, temblando, con el acento de la verdad, ella se lo dijo todo... : sus inocencias, sus tormentos..., sus desfallecimientos, su abyección..., como si sus propias palabras se agruparan unas a otras para darle valor ; le confesó su pesar, su remordimiento, su vergüenza de haberlo engañado a él, a Federico, a su único y grande amor.

El semblante de Federico permanecía grave y triste ; la oía

con la unción evangélica de un confesor, sorprendido al verla poseída de una sinceridad tan extraña. Lleno de afecto y de compasión, le dijo:

—Tranquilícese usted. Es preciso que no la vean aquí y puedan creer algo que yo no quisiera que creyesen.

—¿Me desprecia usted?

—No. Le profeso una amistad de amigo lejano... Somos de los que en cartas muy afectuosas se deben escribir de vez en cuando toda la vida...

—¿Entonces...?

—No hablemos, no hablemos más, Elvira. Me duele verla así.

Ella se levantó, se enjugó las lágrimas, y mirándolo fijamente, con su mirada penetrante, ya serena, de una serenidad fuerte, le dijo:

—Al menos no olvide usted lo que he hecho.

Las lágrimas antiguas, las lágrimas como de un cristal viejo, surgieron de nuevo:

—Me deja usted sola, abandonada, sin poderme salvar.

—No, Elvira, créame. Me conmueve usted profundamente, pero yo no podría salvarla...; sálvese usted a sí misma con esta decisión y esta terneza que acaba de demostrarme.

Y correcto siempre, siempre inalterable, hurtando su mano al apretón fuerte e interminable que ella intentó, la acompañó hasta la puerta, y le hizo el saludo último, lleno de una fina y postrera ternura, la ternura que le aconsejaba su clemencia de hombre que lo comprende todo, pero que no se permite mezclarse a todo.

Después cerró la puerta poco a poco, sin que se sintiera el portazo final. Elvira, sin embargo, lo sintió como un golpe suave y callado, pero irreparable, en su corazón. Sintió como si se hubiese cerrado su pasado tan herméticamente como se cierra después de nacer la puerta de la nada por la que se entra en la vida. Su pasado quedaba cerrado a piedra y lodo detrás de ella. Y la esperanza estaba hacia el sol naciente, quizá en ver pasar los días por el horizonte de su pueblo extremeño.

Una equivocación matrimonial destroza como no destrozan todas las equivaciones que sufren los amantes; ha infeccionado toda la sangre; es grave como toda enfermedad a cuya curación se acude tarde. El hombre bueno como Federico no podría amarla nunca sino en el engaño, callándole el pasado, convertida ella por ese silencio en la mujer negra y desleal; y aun así, el hombre bueno se sentiría movido a veces de violencias súbitas, improvisaría insultos como emborrachado, porque notaría en secreto lo que el otro habría infiltrado en ella. Esas indirectas indignaciones, que obedecen a un profundo instinto, no las podría evitar, aun no transparentando nada de su pasado.

En medio de todo, sólo la rehabilitaba el haber sido la vengadora, la que había afrentado lo bastante íntimamente a aquel hombre sobre el que, si resbalaban todos los descalabros de su vida pública, no resbalaría la huella de su afrenta. Aquel hombre, aunque quisiera ocultarlo, era un hombre separado de su mujer, de su mujer legítima, por voluntad de ella, por fervoroso odio de ella. Entre todas sus amadas sentiría siempre el abandono, la clase de abandono, en que le había dejado su mujer legítima.

Se había vengado, había vengado a todas las víctimas para siempre, aunque ella no podría curarse nunca de la huella de aquel hombre apestoso, como uno de esos pájaros cuya carne saben los hombres del campo que no puede ser aprovechada y que rechazan los perros. El hombre negro era como esos grajos negros o esos mochuelos que hieden en plena vida a carne en corrupción.

Un hombre negro de la tribu numerosa de los hombres negros, a los que los hombres blancos no repudian lo bastante, había sido repudiado por una mujer.

Carmen de Burgos
Colombine

CONVIENE SABER

Que el cabello se conserva bien si se le cuida, necesita higiene. El cabello descuidado se vuelve áspero y gris, se reseca y cae. Para evitar ésto es preciso comunicarle nuevo vigor aplicándole un buen nutritivo. El mejor es **La Flor de Oro,** incomparable agua para fortalecer el cabello y conservarlo abundante, suave y con su color primitivo. Se vende en las perfumerías y droguerías.

ADVERTENCIA

Esta Administración **no vende números sueltos.** Los lectores que tengan incompletas sus colecciones, diríjanse a nuestros Corresponsales.

¡¡EUREKA!!

Es el mejor calzado

Nicolás M.ª Rivero, 11

Tintura Mora

No tiene rival para teñir el cabello castaño o negro; no daña ni ensucia.-Venta: principales perfumerías y droguerías. Depósito: E. Sarra, Ronda San Pedro, 7, Barcelona.

Publicidad en

LA NOVELA CORTA

Agencia exclusiva para Valencia:

Ramón Ortiz Bau

Lauria, 10 - Teléfono 793

VALENCIA

COMPAÑY - FOTÓGRAFO - Fuencarral, 29

Hemos puesto a la venta las TAPAS

para encuadernar los números publicados por LA NOVELA CORTA hasta fin de Junio.

Estas tapas artística y lujosamente encuadernadas en **tela fantasía moaré** (superior a moaré) con estampaciones, van avaloradas por un

Número índice

que contiene juicios críticos del ilustre pensador

MANUEL BUENO

consagrado cada uno de ellos a los siguientes escritores:

Galdós.-Pardo Bazán.-Baroja.-Dicenta.-Linares Rivas.-Trigo.-Unamuno. Zamacois.-Cristóbal de Castro.-Zúñiga.-Colombine.-Nervo.-Prudencio Iglesias.-Noel.-Répide.-Villaespesa.-Carrere.-Belda.-Hoyos Vinent.-García Sanchiz -Ayala.-San José.

Estas semblanzas literarias están complementadas por semblanzas personales escritas por **José M.ª Carretero**

EL CABALLERO AUDAZ

sobre **cuál es el rasgo más personal del carácter,** y **cuál es el rasgo más característico de la vida** de dichos escritores.

Los señores suscriptores, coleccionistas de Madrid y Corresponsales dirijan sus pedidos a esta Administración. Los señores **coleccionistas de provincias** pueden dirigir sus pedidos a nuestros corresponsales y principales puestos de periódicos.

Precio de las tapas: 2 pesetas.

Todo pedido deberá venir acompañado de su importe.—**No se acepta el pago en sellos.**

A provincias, certificadas: 2,25 pesetas.

ARTRITISMO·REUMA·GOTA
PIPERAZINA Dr. GRAU

PAPEL DE LA PAPELERA ESPAÑOLA

Flores del Campo

Jabón.
Colonia.
Polvos de arroz.

Los productos Flores del Campo
no tienen rival en la
Perfumería higiénica moderna.

Loción.
Extracto.
Brillantina.

Tipografía, Antonio Palomino, 1.-Madrid.